



EL APARTAMENTO

Desde el televisor de algún vecino se escucha a Ana Rosa Quintana: es mediodía en una jornada laborable cualquiera. Entonces suena el timbre y en el piso de Tania las chicas se ponen en marcha. Cada una a su manera. Michelle espía entre las junturas del biombo, no vaya a ser que conozca al recién llegado. Cuando está segura, se descubre y deja la bata encima del sofá. Yoli desaparece por mi izquierda y en un momento es diez centímetros más alta: ha cambiado su pantalón de chándal y las pantuflas por una minifalda de volantes y unas sandalias transparentes con tacones. Patricia se incorpora sin despegar la vista de una película de serie B que dan en la tele y deja ver un vestido ajustado que apenas le cubre el culo. Jennifer, la Apisonadora, con sus 150 centímetros de pecho y sus lentillas azul eléctrico, y Elena, la paraguaya de rasgos indígenas, también se preparan para el desfile. Alguien baja la intensidad de la luz del comedor.

—¡Hola, caballero! —dice Tania, la *madame*—. Cuánto tiempo, dónde te habías metido...

Las chicas, que ya están formadas, a excepción de Patricia, incapaz de despegarse del televisor, van pasando una a una

para que el cliente pueda verlas. Una lámpara de luz roja ilumina el pasillo. Una alfombra ahoga el sonido de sus tacones para evitar las quejas de los vecinos. Elena es la primera que entra en la habitación. El resto espera en el otro extremo, en silencio como en una biblioteca.

—¿Qué tal? —susurra alguien a la salida de Elena.

—Muy feo —responde.

Yoli, la única española del piso, resopla decepcionada. Mientras espera, se mira en el reflejo de un cuadro y se retoca el pelo. Las chicas pasan con toda naturalidad a la habitación donde espera el cliente, sin pensárselo dos veces ni coger aire antes de entrar. Para ellas es un momento tan intrascendente como una renovación del DNI. Pero dentro la cosa cambia, porque se abre la oportunidad de ganar dinero y eso anima a cualquiera. Todas mantienen una conversación breve con el visitante y, aunque se supone que cada una lo hace con su sello personal, unas más simpáticas, otras más cariñosas, todas libres de hacerlo como quieran, no está permitido que se alarguen demasiado. Eso podría entenderse como competencia desleal.

—Hay chicas muy astutas —dice Tania—. Una que estuvo aquí quería entrar siempre la última, porque así se iban poniendo cachondos. Entonces llegaba ella, les acariciaba el paquete y siempre la elegían. Si una chica es astuta, puede ganar mucho dinero.

Para evitar estas cosas, Tania no deja que pasen siempre en el mismo orden. En cambio, sí tolera otros trucos. Si una prefiere no hacer un servicio, por ejemplo, le basta con poner mala cara, saludar con brusquedad o ni siquiera dar los dos besos de cortesía. Si aun así el cliente la selecciona, podría aducir que se encuentra indispueta. Esa parece la intención de Patricia, que sigue imantada a la televisión.

—Patricia, te toca —dice Tania.

Entonces corre en pequeños saltitos al cuarto, entra sin llamar, agota los segundos de rigor y vuelve rápidamente al comedor, justo a tiempo para no perderse cómo una pareja de enamorados desembarca de una góndola.

—Joder, qué feo es —dice.

—Pero huele bien —dice alguien.

—A mí me gusta mucho esa colonia —añade otra.

—¿Cuál es?

—Pues no sé, es la que te decía que llevaba el chico del otro día, el altote.

—Ya.

Tania vuelve del cuarto con 50 euros en la mano.

—Elena, vas tú. Media hora.

Y con lo que me parece una brizna de aburrimiento, la chica paraguaya coge un paquete de toallitas húmedas y una sábana y se dirige hacia el cuarto.

Las otras mujeres se desmontan de sus tacones y se cubren con una bata, un chándal o un pijama, pero mantienen sus maquillajes y sus pelos perfectos. Vistas así, más que un piso de relax, parece el *backstage* de un desfile de ropa interior.

El piso está en la provincia de Girona y es un dúplex amplio con cinco habitaciones donde las persianas están bajadas todo el tiempo. Yoli, la chica canaria, asegura que cuesta distinguir entre el día y la noche. Pero juega a adivinar las horas por el estado de los clientes: si vienen recién afeitados, seguro que es de día. Por la noche suelen llevar unas copas de más. De madrugada es cuando se piden más servicios a domicilio.

La confusión horaria es difícil de evitar porque las chicas trabajan mañana, tarde y noche, excepto tres horas al día que pueden usar para asuntos personales. Después de muchas horas enclaustrada, Yoli se agobia, se hunde. Le falta

el aire. Si no sale, tiene la sensación de que vive en un túnel del metro.

—Te acuestas vestida normalmente —cuenta Yoli—. Te pones el pijama por encima de la lencería o de lo que llesves para trabajar, así cuando te despiertas es solo quitártelo y salir a la presentación.

Yoli no lleva mucho tiempo en la prostitución. Nació hace 31 años y se marchó de casa todavía adolescente por una complicada relación con sus padres. Después de trabajar de ayudante de cocina, de dependienta de panadería, cuidando niños, de asistenta del hogar, de temporera y de camarera de hotel, vino la crisis y el trabajo desapareció. No había nada de nada. Entonces entró en la prostitución.

Eligió un anuncio del periódico, sin más. Al llegar, mintió y dijo que ya había trabajado en un piso por su cuenta. La jefa, que llevaba allí 25 años, no la creyó ni por asomo. Ninguna prostituta se mete en el piso de otra mujer, a la que le tendrá que pagar la mitad de sus ingresos, cuando ya ha conseguido establecerse en el suyo propio. Pero entendió que si mentía era porque realmente necesitaba el trabajo y la aceptó.

En el primer piso donde trabajó, en Soria, Yoli solo podía salir a la calle una hora al día, las camas estaban agujereadas por colillas de cigarro, cinco mujeres se repartían dos sofás desvencijados y tenían que sintonizar a cada rato un televisor pequeño con antena de cuernos. Una de sus compañeras cogió la gripe y por ir a la farmacia la *madame* le puso la maleta en la puerta. Ni le pagó los servicios trabajados. La mujer no pudo denunciar por miedo a revelar su ocupación.

—Yo he puesto todas las comodidades para que se sientan bien. Compré buenas camas —reivindica Tania, que también ha puesto normas de limpieza. Entre cliente y cliente, las chicas se responsabilizan de quitar el polvo, pasar la aspiradora

o fregar en una de las dos plantas—. Es la única manera de que el piso esté limpio. Si nos ponen fama de cochinas, el negocio se va al garete.

En las habitaciones hay ambientadores con aroma a jazmín, a rosa y a canela que, aparte de hacer el ambiente más agradable, ayudan a enmascarar los olores corporales ante la ausencia de ventilación.

En una noche cualquiera, no pasan más de dos horas seguidas sin que el timbre rompa el sueño de las chicas. En un piso de relax, el silencio de la noche convive con alguna risa lejana, con unas palabras ininteligibles, con un pequeño golpe en la pared.

Todas saben que a las diez de la mañana tienen que estar duchadas y maquilladas, con ropa nueva. Son las normas de Tania. Así que de noche intentan descansar todo lo que pueden.

Pero de vez en cuando ocurre algo por lo que merece la pena desvelarse. Como aquella noche en que la *madame* despertó a Yoli y la condujo hasta la cocina:

—Allí veo unas velas y resulta que me esperaban todas las chicas para cantarme el cumpleaños feliz. Me hizo mucha ilusión, porque en todo el día nadie se había acordado. Se ve que fueron a la pastelería y no había tartas, pero me compraron dos brazos de gitano y las velas. Una tenía la melodía del cumpleaños feliz y todo —recuerda Yoli.

Lo cuenta como algo milagroso. No es habitual que las compañeras se acuerden del cumpleaños de una. En las tres semanas que lleva Yoli en el apartamento, cada tanto se ha marchado una mujer y la ha substituido otra. La rotación es alta en los prostíbulos.

Tania exige a sus mujeres que trabajen como mínimo 21 días, que es lo habitual en las plazas —*hacer una plaza* es como

se refieren las chicas al trabajo en un piso o en un club—. Según el «Manual de profesionalización de las trabajadoras sexuales», que edita la Asociación Genera, las plazas de tres semanas se inventaron para que las mujeres pudieran descansar el tiempo que menstruaban. Eso hoy en día ha cambiado, las trabajadoras utilizan unas esponjitas para absorber la menstruación y siguen trabajando con normalidad. Pero muchas prostitutas y algunos dueños de locales de alterne siguen defendiendo el límite de las tres semanas de trabajo. Para los dueños es una manera de renovar su cartera de mujeres y mantener el interés de la clientela. Para las chicas, ser la novedad en un local significa, en general, atraer a más hombres y ganar más dinero.

Yoli es consciente de que esa fuerte movilidad le impide estrechar lazos con otras mujeres o echar raíces allá donde trabaje, pero dice que lo soporta porque la prostitución para ella es un trabajo temporal.

En este piso una prostituta suele hacer unos 2500 euros de caja al mes. Aunque hace tan solo unos años, antes de la crisis, cuando Tania empezó de encargada y los hombres gastaban con alegría, se podía llegar a los 6000 euros.

Entonces el servicio de una hora se cobraba a 90 euros y el de media hora a 60, la mitad para la chica y la mitad para la casa, como en la práctica totalidad de los pisos de relax. Ahora ha disminuido la clientela y han bajado los precios. Una hora son 80 euros. También trabajan un cuarto de hora por 30, veinte minutos por 40, y media hora por 50.

Todavía hay días buenos, como cuando se celebra un gran premio de Fórmula Uno y el local se llena de hombres con el escudo de una potentísima escudería italiana bordado sobre el polo. Las ferias también son excelentes, sobre todo las de la construcción y el automóvil.

—Pero esto no es dinero fácil, ¿eh? —me dice Yoli—. Es dinero rápido.

Yoli se marchará pronto a una plaza que le han recomendado en Denia, Alicante, porque dice que al fin y al cabo no está ganando tanto como esperaba y quiere probar suerte en otros sitios.

En el piso de relax de Denia le han dicho que trabajan solo tres mujeres y eso la anima. En algunos se prostituyen veinte chicas o más y, con tanta gente, aumenta la competencia y la convivencia se hace más difícil. Tres chicas es un número ideal para ella. Pero le asusta no saber en qué condiciones está el piso, porque nadie le asegura la salubridad ni la higiene. Por eso, a ratos prefiere no ir, pero cuando piensa en el dinero que puede ganar se envalentona y asegura que va.

* * *

—¡Paso! —grita una voz nueva.

Es Catalina, la chica que me queda por conocer porque ha estado en una de las habitaciones desde antes de mi llegada. «Paso» es una señal que todas entienden. Significa que ha acabado un servicio y que el cliente está a punto de salir al pasillo para marcharse. La chica va delante para asegurarse de que el hombre no se cruza con otros parroquianos, porque podrían conocerse, trabajar juntos, ser vecinos o incluso familiares. Un encuentro fortuito de dos hombres no sería bueno para el negocio.

—Catalina estuvo atendiendo a uno de los mejores clientes de la casa. Llegó a las siete de la tarde —miro el reloj y son las 13:50, lleva casi diecinueve horas en la habitación—. Él nos ha traído otros hombres, de la policía secreta y de la